



Foto: Luis Malibrán

ÉRASE UNA VEZ UN MUNDO AMENAZADO POR UN TERROR CASI INVISIBLE

POR SERGI BELBEL

Érase una vez cuatro personajes a un móvil pegados. Una imagen que, actualmente, no tiene nada, absolutamente nada de particular. El móvil es algo demasiado habitual, demasiado frecuente como para que nos extrañe. Hace apenas quince años, ese pequeño objeto era visto como algo ajeno, casi inalcanzable. Y ahora no podemos prescindir de él. Qué absurdo. No el móvil en sí, sino esa necesidad, esa dependencia. Necesidad por algo que hace veinte años ni siquiera existía.

Las sociedades modernas se adaptan demasiado rápidamente a los avances tecnológicos. Si nos retiraran los móviles, internet, los cajeros automáticos, la televisión, etcétera, nos volveríamos locos. Y todo es absurdo. La gente de principios del siglo XX no tenía

nada de eso y vivía normalmente. No se necesitan móviles ni aparatos para que nos sintamos vivos. Pero la sociedad (y la economía, por supuesto) nos impone esa insólita y terrible necesidad. Asociar felicidad a materia. Cuantas más cosas, objetos, aparatos tenemos, más felices somos. Eso es aún más absurdo.

Érase una vez un mundo amenazado por un terror casi invisible. Está en todas partes y en ningún sitio. Entre nosotros, a nuestro lado, arriba, abajo, y no lo vemos. O tal vez mejor: no queremos verlo. Y cuando lo vemos..., ya es demasiado tarde. Nos pilla desprevenidos y no sabemos reaccionar a tiempo por no haber podido preverlo. Y nos confundimos. Eso también es absurdo.

Érase una vez pequeñas historias de amor en medio de la desgracia. Amor con sexo y sin sexo. Amor (y desamor) familiar. Historias sencillas de cordones umbilicales cortados o todavía por cortar. En un mundo tecnológicamente avanzado, en esta era digital, la ausencia de cables visibles no implica que no existan fuertes vínculos. Saber que hay que cortarlos y no atreverse a hacerlo es algo duro. ¿Y cómo se corta un cable que ni siquiera se ve? ¿Hay algo más absurdo?

Érase una vez una risa rodeada de tragedia. Como una carcajada que a alguien se le escapa en mitad de un funeral solemne. La carcajada resuena y arrastra consigo a otras carcajadas furtivas. No sé si eso es o no es absurdo. Pero seguro que, al menos para quien la emite, es algo liberador.